



Ο Μητροπολίτης Μπουένος Άϊρες Ίωσήφ

HOMILIA

III Domingo de los ayunos. La prosternación de la santa cruz

*“Si alguno quiere venir en pos de mí,
niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame”*

La Iglesia coloca en el corazón de la cuaresma la prosternación de la santa cruz y una lectura evangélica que nos da la clave de lectura no solo de este ejercicio espiritual, sino de toda la vida en Cristo.

El Cristo-Mesías es absoluto en las instrucciones que da a sus discípulos y a sus seguidores en general. Estas *instrucciones-invitaciones* no son de índole religiosa, ni ético-moral, claro está, sino que deben comprenderse dentro del marco más profundo de la redención y del proceso personal -existencial y ontológico- de reconfiguración con estos nuevos parámetros que impulsa este “Reino” de Dios ya advenido.

En primer lugar, debemos comprender que la decisión de seguir al Cristo-Mesías es nuestra. No hay obligación de su parte. Ni necesidad. Dios nos crea a su imagen y con capacidad de alcanzar su semejanza, y es por ello que en este marco creativo-redentivo la libertad del hombre, su capacidad de auto-soberanía -*αύτεξούσιον*- es clave para que el mismo se cumpla. De hecho, **no hay perfección sin libertad. Tampoco la hay sin Gracia, es decir sin la intervención directa de Dios que se apoya en aquella libertad y desde ésta se proyecta hacia toda la existencia de la persona.**

La operación de la auto-soberanía como atributo natural del alma humana en cuanto ser creado y racional, viene profundamente herida por el pecado original. La violenta separación del binomio *αύτεξούσιον-χάρις* -*auto-soberanía-Gracia*- disminuye de manera drástica el alcance de la operación, puesto que ahora el hombre ya no es más soberano de sí mismo, de su propia existencia, sino de la proyección pervertida de aquella, llamada “**ego**”.

Como consecuencia se escinde la libertad -*έλευθερία*- de la auto-soberanía *αύτεξούσιον*. Una cosa es elegir de acuerdo al “ego” -el estado pervertido del Ser- y otra es ser auto-consciente de la realización del propio “Ser” y consecuentemente ser soberano de sus acciones, pensamientos, sentimientos, emociones. El hombre en esta situación sigue siendo libre, pero no es plenamente auto-soberano de sus acciones, emociones, sentimientos, emociones. La naturaleza caída del hombre pervierte esta operación y su eficacia, siempre basada en la operación racional y

noética propia del alma.¹ **Aunque esto de ninguna manera lo excusa de la responsabilidad sobre sus acciones.** La limitación es en cuanto a la profundidad, no a la extensión de la operación.

Consecuentemente, *de-generada* la libertad-auto-soberanía a causa de la herida en la operación noética del hombre, se reduce la **“receptividad”** del mismo², sobre todo hacia las cosas divinas y hacia la propia y primigenia naturalidad, ahora des-configurada.

Es por ello que el Cristo-Mesías dice **“si alguien quiere”**, puesto que la elección en cuestión en este estado de la naturaleza del hombre ya no evoca la **“connaturalidad-reciprocidad” adámica**, sino todo lo contrario. De hecho, lo antes connatural, ahora es innatural; y viceversa.

El Cristo-Mesías viene a restaurar aquella naturaleza caída. Y lo hace, y no solo la restaura, sino que la perfecciona uniéndola en Sí mismo a la naturaleza de toda la divinidad. Por lo cual existe la posibilidad de acceder a aquella naturaleza reconstituida, perfeccionada, elevada. No obstante, es necesario tomar la decisión de **“salir”** del estado que alberga las tendencias y los estigmas adámicos y reconfigurarse al esquema crístico. Ese proceso es el **“seguir”** a Cristo.

Pero no se puede realizar el proceso sino se revierten los estigmas que han quedado impresos en nuestra naturaleza y las tendencias propias de la misma. Antes de Cristo no había posibilidad, salvo en algunos casos. Ahora está el camino abierto. El “Reino” ha llegado, es necesario penetrar en esta nueva propuesta divina. Pero **¿cómo?**

Luego de la elección hay una condición sin la cual es imposible restaurar la naturaleza caída por aquella crística: **“negarse a sí mismo y tomar la cruz”**. *Es una premisa absoluta e indeclinable*: de hecho, es el comienzo del proceso. Destruir la falsa proyección de nuestro ser que se confunde con Dios mismo; me refiero a desactivar al “ego” y a todos los mecanismos y operaciones que a éste se unen relacionados a la auto-conservación y propia (pseudo-)trascendencia.

No por nada Dios da la clave ya en tiempos de Moisés para poder rectificar esta tendencia pervertida: *“Escucha, Israel: El SEÑOR nuestro Dios es el único SEÑOR. Ama al SEÑOR tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con todas tus fuerzas. Grábate en el corazón estas palabras que hoy te mando. Incúlcase las continuamente a tus hijos. Háblales de ellas cuando estés en tu casa y cuando vayas*

1. Pero esta característica de los hombres responde también a su carácter de seres creados, que es la mutabilidad, la relatividad. Esta mutabilidad se realiza de acuerdo a los niveles de perfección de las creaciones. Mutables son los ángeles, los hombres y los animales, pero no todos de la misma manera. En el caso de los hombres dice el Damasceno evocando a Nemesio de Émesa *“(…) por necesidad la libertad está como soporte de lo racional: o no será un ser racional, o si es racional será libre y soberano de sus acciones. Es así que los seres irracionales no son libres: antes que conducirla, son conducidos por la naturaleza. En cambio, el hombre - continúa el Damasceno, al ser racional conduce a la naturaleza, antes de ser conducida por ella. El que lo desea, si realmente lo quiere, tiene poder para detener el apetito o para adherirse a él”*. SAN JUAN DAMASCENO, *Edición exacta de la fe ortodoxa*, 27 (41), Ciudad Nueva, Madrid 2003, pag. 142.

2. Los Padres hablan de que la imagen de Dios se mantiene en el hombre pero oscurecida y de esta manera se imposibilita la dinamicidad hacia la semejanza.

por el camino, cuando te acuestes y cuando te levantes. Átalas a tus manos como un signo; llévalas en tu frente como una marca; escríbelas en los postes de tu casa y en los portones de tus ciudades.”³ Esto no es un simple mandamiento como muchos lo interpretan. Es la **fórmula** necesaria para seguir un camino radicalmente diferente que el propuesto por la serpiente; para rectificar las tendencias de nuestra naturaleza; para **“seguir”** *al-que-vendrá* asumiendo y crucificando por siempre la naturaleza adámica en Sí Mismo. Esta es la fórmula que acaba con cada forma e intento de **idolatría** -consecuencia de la naturaleza caída- como la egolatría, la crematolatría, la fimolatría, la tipolatría y toda clase de culto a cosas creadas -reales o fantasiosas.

Claro, no se puede seguir al Cristo-Mesías si no se niega (este culto a) uno mismo y las cosas y circunstancias creadas. **“Negar”** en este contexto significa **“destruir”** la *auto-referencialidad* sobre la cual se basa todo nuestro edificio existencial, su jerarquía y su axiología. Eliminar toda tendencia a exaltar, a idealizar, a absolutizar y por fin a divinizar a las personas, las cosas, las circunstancias y aún nuestros apegos a ellos, nuestras acciones, deseos, sensaciones, emociones y sentimientos que operen en este contexto para-normal.

Es necesario romper el círculo vicioso que -en la fantasía, por cierto- promueve el placer -el hedonismo en todas sus formas y aplicaciones- en contra del miedo, la tristeza y la desesperanza que inevitablemente generan la centralidad del “ego”, -del yo idolatrado en su necesaria soledad y aislamiento- y las tendencias idolatrantes de una existencia que tiene alterada la jerárquica dinamicidad existencial, axiológica y espiritual.

Es por ello que el mensaje de la cruz es, como dice el apóstol, para algunos **μωρία** -locura- y para otros **δύναμις Θεοῦ** -potencia de Dios.⁴ Y me pregunto: en estos tiempos sobre todo **¿cómo podemos predicar un mensaje que socaba las bases ideológicas de una sociedad y de una cultura? ¿Cómo podemos proclamar un mensaje que atenta contra el individualismo, el personalismo, el hedonismo, que sostiene a una sociedad privada de receptividad hacia “religiosidades” que se han probado autoinmunes por siglos a la misma? ¿Será que el mensaje de la cruz habla de *in-sanidad* psicológica, tal como entonces nos lo describe el apóstol? ¿Es que el mensaje es extemporáneo?**

¿Qué debo hacer yo que he seguido este camino? ¿Cómo debo comunicarlo hoy? ¿Cómo debo enunciar la locura, la insensatez, la temeridad, mi romanticismo exacerbado enclavado en el Cristo? Me lo planteo siempre. Me lo planteo hoy. A mí y a mis sacerdotes. Lo discutimos; lo reflexionamos; tratamos de encontrar fórmulas pastorales, comunicativas, sociales, filantrópicas para seguir proclamando esta locura. Pareciera que el éxito no nos acompaña. ¡Y está bien así sea! Porque en verdad la proclamación -el *kérygma*- no es una incitación, es una invitación. Como la de Cristo: *“Aquel que quiera...”* Lo nuestro es solo la siembra. Cosecha Cristo.

³. Dt.6:4-9

⁴. I Cor. 1:18

¿Cuál es, pues, la fórmula de contagiar esta locura?

Solo una: **“negarse a sí mismo, tomar la cruz y seguirlo”**. Una y otra vez; hasta el cansancio; hasta la muerte. **Este es el kérygma**: encarnación a ultranza de la Palabra; a veces vociferando, otras, en el mayor y más completo de los silencios: *imitatio Christi*.

Al fin y al cabo lo que interesa es Cristo. Él y solo Él es el protagonista de esta historia; **de mi historia**; y de la historia de todos aquellos que lo eligen. Nos hacemos nada para que Él sea todo para todos; desaparecemos para que Él aparezca a todos; nos vaciamos para llenarlos de Él y que todos lo puedan compartir; Él -Cristo- aquí y ahora; y entonces; y siempre. **No me importa entonces estar loco**. No me importa no conectar con esta cultura, ni ser parte de ningún sistema. No me importa este auto-exilio. **Nada más me importa que Cristo y su réplica en cada hombre y mujer atraviesen mi vida**.

Ya sólo una seguridad me queda, aquella del apóstol:

“(…) ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro.”⁵

Amén.

Καλή συνέχεια! Καλό στάδιο! Καλή και ευλογημένη Σαρακοστή!

⁵. Rom. 8: 38-39.